

EL MOMENTO ESTELAR DE SAN MATEO

Por ALBERTO MIRAMON



Ha llegado el año fatal: 1814. Allá, en los confines del horizonte, en la brumosa lejanía, entre los vahos de las lagunas y la reverberación del sol de los llanos, un punto negro se fue extendiendo, hasta transformarse en nube de tempestad que había de arrasar las esperanzas patriotas. Desde el fondo del Apure, un oscuro asturiano acepta audazmente el reto que lanza la proclama de Trujillo, y, así, a medida que la figura de Bolívar va creciendo en el occidente venezolano, se dilata en los llanos la de José Tomás Boves.

Sombrío, mudo, lleno siempre de pensamientos de venganza, salió el caudillo realista, como un reflejo sangriento, al encuentro de los republicanos. Tenía las dotes del guerrero semisalvaje: perfecto conocimiento del terreno y de los hombres, valor temerario, osadía sin igual, actividad sin desmayo. A su voz surgían las mesnadas, acudían los voluntarios y se doblaban los ánimos reacios. **Cruel por instinto y sangre fría**, según la acusadora expresión del Regente español Heredia, apoyaba su carácter dominante en el terror que inspiraba, al punto que la figura de este extraño personaje solo encontraba par en la fisonomía histórica del bárbaro antiguo.

Quienes le lograron ver hallaron que para trazar su retrato no había palabras mejores que la descripción de Atila por el lombardo Paulo Diácono: "Ancho de pecho, gesto feo, la frente oscura, las fosas nasales abiertas, ojos hundidos, cabeza grande, mirada inquieta y horrible, que paseaba alrededor como tigre que se recuerda de su presa; **nacido era para la desolación del mundo**".

Antonio Ricaurte conoció al pie del vivac la historia terrible e íntima del feroz caudillo realista, el mandinga Boves, como lo nombraban superticiosamente los hombres venezolanos que iban engrosando el ejército libertador.

No vamos a tomar de los labios patriotas la interminable relación de su cadena de crímenes, saqueos y horrores. Para que no se tache este trabajo de parcial y apasionado, cedemos en este punto la palabra a uno de sus propios partidarios, haciendo de pasada la advertencia de que este testimonio no es solitario, ya que abundan, dentro de los secuaces de la causa del Rey, relatos espantosos y sobrecogedores de aquel hombre a quien Ricaurte calificó, con sobrada razón, de "el terror devastador de Venezuela".

Una ciudad ha capitulado, confiada en el juramento de perdón hecho por Boves ante el Santísimo Sacramento.

Y ved cómo, según las "Memorias" del regente Heredia, cumplió su juramento:

"En la noche siguiente, Boves reunió todas las mujeres en un sarao, y, entretanto, hizo recoger los hombres, que había tomado precauciones para que no se escaparan, y, sacándolos fuera de la población, los alanceaban como a toros, sin auxilio espiritual. Solamente el doctor Espejo, gobernador político, logró la distinción de ser fusilado y tener tiempo para confesarse. Las damas del baile se bebían las lágrimas y temblaban al oír las pisadas de las partidas de caballería, temiendo lo que sucedió, mientras que Boves, con un látigo en la mano, las hacía danzar el piquirico, y otros sonecitos de la tierra, a que era muy aficionado, sin que la molicie que ellos inspiran fuese capaz de ablandar aquel corazón de hierro. Duró la matanza algunas otras noches".

Al paso de su potro llanero, un alarido de agonía se alzaba del poblado y del desierto, de la llanura y de los montes, en las comarcas desoladas. Pero a su andar "se iba a tocar somatén dentro del corazón de aquellos ciegos americanos, a profundizar el abismo". El anhelo terrible de los revolucionarios integrales, como Antonio Ricaurte, iba a ser dolorosamente cumplido.

El día 20 de febrero de 1814 estableció el Libertador su cuartel general en San Mateo. Poseía en ese lugar una de las más ricas propiedades que heredara de sus mayores, la hacienda de San Mateo, y de ella hizo palenque para resistir el ímpetu enemigo.

Boves no andaba lejos: habíase acuartelado en Cura, villorrio de las cercanías, y se aprestaba a embestir, al frente de sus hordas de centauros bandoleros; en el entretanto, disciplinaba su caballería y aumentaba sus fuerzas. Confiando en la superioridad numérica y en el arrojo de sus hombres, "se llenaba de orgullo al consi-

derar que iba a pelear contra Bolívar en persona, por primera vez, contando derrotarlo de seguro".

Bolívar estaba en notoria inferioridad numérica, como no había podido reunir más que mil quinientos infantes y seiscientos jinetes, contra los siete mil hombres, en su mayor parte de caballería, que componían el ejército enemigo. Nunca se vio el Libertador en situación más difícil; nunca ejército alguno se vio más obligado a vencer o morir.

"Boves era muy superior, sin duda; y en las llanuras, donde no hubiera podido detenerse el impulso de su pujante caballería, había sido vencedor, nunca vencido... Por eso le atrajo el Libertador a la cordillera; porque el terreno igualaba la fuerza de los ejércitos, privando al de Boves de su preponderancia".

El 25 de febrero los patriotas vieron aparecer, en las cercanías de la hacienda, las huestes llaneras: "su bandera había sido bautizada, por el mismo Boves, con el nombre de **el pendón de la muerte**".

Al frente vieron venir un jinete de cuerpo mediano y ancha espalda, de frente chata y cabeza enorme, de boca y nariz de buitre, de barba roja y escasa, de ojos turbios, que paseaba con curiosidad inquieta: era el mandinga realista José Tomás Boves.

El fuego con que le recibieron los republicanos fue horrible; dirigido por Bolívar en persona, causóles grave estrago; pero no fue bastante para desalentar a las huestes reales. Confiado el jefe en el número de la tropa, exasperó la acción con tal tenacidad, "que parecía pelearse para decidir la suerte del mundo".

Bolívar, por su parte, trató la terquedad de Boves con desprecio tan sereno, que, no sin asombro, vio el jefe realista ponerse el sol sin alcanzar la victoria que tan apresuradamente había juzgado llana y asequible.

Después de once horas de encarnizada pelea, el esquivo laurel vino a ser de Bolívar: "Herido Boves, mandó tocar retirada, y fue a acamparse en las alturas.... Las calles del pueblo y los caminos estaban empapados literalmente en sangre y cubiertos de cadáveres".

¡El ejército realista descubría con pasmo la titánica voluntad de la revolución!

Entre tanto Boves se aliviaba de su herida, siguióse una serie de combates, casi diarios, en los que el éxito de hoy compensaba el fracaso de la víspera, y la victoria obtenida en la mañana era borrada por la sorpresa de la noche.

En verdad, fue aquella una época terrible, en que los días parecían años, y cada hora estaba escrita con sangre. Era mucho más que una batalla: eran dos mundos frente a frente.

El 20 de marzo reapareció al cabo el caudillo realista al frente de sus jinetes: fuerzas indisciplinadas, que no eran sino montoneras de caballería, único nombre con que podemos denominar aquellas masas, según escribió el General Tomás Cipriano de Mosquera; los hombres del llano saludaron su presencia con muestras de singular alborozo, caracoleo de cabalgaduras, agitación de estandartes y prolongada vocería.

En la inquietud que mostraba Boves, las unidades de observación del ejército republicano vieron que venía impaciente por combatir: "espantoso de perversidad y horror; sediento de todas las pasiones brutales".

Apenas pasó revista a sus lanceros dio la primera carga, carga de una acometividad formidable, titánica, pero que fue resistida por los patriotas con firmeza y serenidad tales, que lo graron ocasionar inconmensurables pérdidas a las gentes del asturiano.

Conturbado por el demonio del exterminio, José Tomás Boves era incan-

sable; se multiplicaba recorriendo el frente de batalla para animar a sus hombres, con ciego desprecio del peligro; mas al cabo hubo de comprender que, escaso de municiones como estaba, el resultado del combate tendría que serle fatal, que de nada le valdría oponer a Bolívar su valor salvaje ni el ciego arrojo de su gente, pues las lanzas llaneras eran impotentes contra el sostenido fuego de cañones y fusil de los republicanos, atrincherados en las alturas.

Tocó retirada; se recogió a sus cuarteles, y, por algún tiempo, se mantuvo quieto, rumiando el pensamiento de cómo arrebatarse las municiones a los patriotas.

Veinticinco de marzo; la débil claridad de un amanecer de serranía bruno ya la quebrada región de San Mateo: es la aurora postrera de Antonio Ricaurte.

Los exploradores del ejército realista aparecieron con el alba, dispuestos a reanudar el ataque; pero esta vez cambiaron de táctica: concentraron la acción sobre todos los puntos de las posiciones bajas, como si quisieran obrar metódicamente y limpiar primero de enemigos el pie de los cerros, para luego intentar la conquista de las alturas.

Boves en persona volvió a recorrer las avanzadas, alentando a los suyos con el ejemplo, "y los traía arrastrados por su audacia hasta el pie mismo de los parapetos que él ayudaba a escalar". Cabalgaba un nervioso potro llanero, "un gran caballo de piel leonada y negras crines". ¡Y nunca en verdad fue mayor que en ese día su semejanza con Atila!

Tan vivo era el fuego de la fusilería, que no se veía sino sangre y muerte. Los cadáveres embarazaban la acción; la sangre corría a torrentes, y sobre los cuerpos contorsionados y mutilos, sobre las entrañas abiertas, los cascos de la caballería chapoteaban y se enredaban.

Bolívar estuvo, como nunca, magnífico de serenidad; los suyos, contagiados por el ejemplo, opusieron la intrepidez y el valor sereno a la indisciplinada osadía de los llaneros, que pretendían envolverlos cual nube de desolación.

El combate duraba ya nueve horas; la fortuna corría, engañadora, de una a otra bandera. Bañadas en sangre, y extenuadas por el duro castigo de la fusilería, las himpetuosas hordas llaneras comenzaban a mostrar señales de ese desaliento indicador de que al fin iban a ceder.

Como tónico milagroso, tal expectativa fortificó a los libertadores, y por momentos la pelea se hizo más tremenda, como se hace más viva la llama de la tea próxima a extinguirse.

De rebato, en lo más recio de aquel homérico batallar, notaron los patriotas la aparición de una fuerte columna realista sobre la altura que dominaba la casona de la hacienda de San Mateo. Aparición tan inesperada conturbó el ánimo de los independientes. La ansiedad y el desaliento sucedió de pronto a la animación de sus corazones: ¡Boves había combinado hábilmente sus operaciones! Mientras el grueso de su tropa retuvo desde la mañana la atención de los patriotas en las posiciones bajas, una fuerte porción de su gente, trepando en silencio el cerro, se hacía dueña inevitablemente de la casa donde estaba el parque; ¿carecía de munición?; pues bien, ¡ya iba a tenerla!

La maniobra se había ejecutado con tanta pericia como audacia, que, por esta vez, el sanguinario asturiano había logrado burlar la insomne vigilancia de Bolívar. "Y satisfecho de sí, contemplaba, con infernal sonrisa, aquella terrible acometida"....

El parque y el hospital de sangre estaban situados en la altura que dominaba la hacienda; su defensa corría a cargo del Capitán Antonio Ricaurte;

de su valor pendía la salvación de la batalla; en el temple de ese hombre, joven e inexperto, estaba latente el destino de la revolución, y el corazón de Bolívar, aquel corazón bardado a todos los sinsabores, a todas las sorpresas y a todos los desengaños, se encogió al ver que no aparecían en las alturas señales de resistencia.

Ricaurte era valiente y temerario, ciertamente; pero en aquella campaña no dio muestras de un arrojo excepcional.

Con bravura taciturna se batió en todas las acciones, peleando con arrojo, entre despreciativo y escéptico, que intrigó a más de uno de sus hermanos de armas. Se sabía que se había distinguido en los combates del año 13, señaladamente en **Las Trincheras**, en donde el intrépido Hermógenes Maza le llamó "mi segundo", mas su nombre no aparece separadamente cuando se encomian las hazañas de aquella guerra, "como si se hubiese reservado para una ocasión solemne el dar a la revolución y a la Patria un testimonio excepcional de su grandeza".

La expectativa se rompió de pronto por una maldición que escapó de los labios republicanos, y la cual fue contestada con gritos de júbilo por los llaneros realistas. Los heridos y la servidumbre, que buscaron durante el combate resguardo en la hacienda, comenzaban a descolgarse trabajosamente de la serranía, protegidos por la pequeña compañía que hacía la guardia del parque, y que bajaba al pasitrote, en retirada. ¿La guarnición pareció haber decidido no resistir? ¡El precioso parque ya era de ellos!

Bolívar, atónito, dolorido, permanece mudo y como anonadado sobre el campo de batalla. Pero a poco se repone, y por un momento parece haber perdido su tranquilidad aparente, aquel fondo de serenidad que lo hacía tan grande y superior a los demás hombres. De un salto se desmonta de

su cabalgadura, y, como un loco, corrió a colocarse en medio de sus tropas, gritando:

—“¡Aquí, aquí moriré el primero!”

Con la desesperada acción del jefe, el combate recobró furiosa acometividad por parte de los patriotas. Se luchaba con denuedo renovado, sin esperanzas, como si todos, desde el Libertador hasta el último recluta, ya solo esperaran vender caras sus vidas.

Cuarenta días de lucha sin reposo, y cuarenta noches de insomnio vigilante; diluvio de sangre y de fuego en torno al arca débil en que navegaba la esperanza, fue lo que —según la palabra inspirada de Guillermo Valencia— vio Bolívar, jugándose en parro, a una sola puesta en esa hora suprema. Y con razón, en ese momento, “hubo un segundo en que el alma del Libertador experimentó la inconsciencia en el vértigo del que desciende al abismo”....

Pero el Capitán Antonio Ricaurte, ¿qué se había hecho, entretanto? ¿Se quedó para entregarse a discreción, como creyeron, regocijados, muchos de los hombres de la columna de Boves, que empezaba a tomar posesión de la casona, y como acaso pensó, con harta ligereza, más de un soldado patriota?....

Juan García del Río, el famoso periodista y diplomático de la Gran Colombia, quien, a lo que parece, bebió su información en los propios labios de uno de los veinticinco soldados que guardaron a San Mateo hasta el caer de la tarde —soldados en su mayoría oriundos de Mompox, la valerosa—, relataría la crítica escena veintinueve años después, en un periódico de la ciudad de Lima:

“El Capitán Ricaurte que era el encargado de la guardia de aquella posición y del almacén de municiones, conociendo la inutilidad de todos sus esfuerzos para sostener el puesto que se le había confiado, destapó a cula-

tazos los barriles de la pólvora que encerraba el parque, y despidió a sus compañeros de armas, pronunciando estas memorables palabras:

—“Id y decid al General Bolívar que pierda cuidado; Ricaurte le responde de que no caerá el Ingenio en poder del terror devastador de Venezuela”.

De súbito, un estampido extrahumano, un trueno horroroso, seguido de un gigantesco fulgor de incendio, iluminó la altura de la abrupta colina donde se hallaba enclavada la hacienda de San Mateo.

El cielo se cubrió de denso humo, la tierra retembló, como si de pronto se hubiera convertido en la falda de un volcán en erupción. ¿Qué había pasado? En los primeros momentos, nadie, ni patriotas, ni realistas, pudieron formarse idea de lo ocurrido. Pero los soldados de la libertad no tardaron en darse cuenta de que aquel suceso inexplicable era para su bandera un favor providencial, pues, disipado en breve el espeso humarazo que cubría el campo, vieron, con ojos dilatados por el asombro, que la columna de casi mil hombres que Boves destacó a apoderarse del parque, quedaba reducida a pocos soldados que corrían despavoridos.

El pánico de aquellos sobrevivientes contaminó al grueso de las hordas llaneras, y a poco, el toque angustioso de retirada indicaba a los soldados patriotas que, una vez más, quedaban dueños del campo....

Fue necesario, todavía, que pasara un tanto el asombro, para que los vencedores se impusieran de lo ocurrido. De los labios gruesos y carnudos de Matea, una negra de mediana edad, vestida de zaraza de vivos colores, baja de cuerpo y enjuta de carnes, que había visto gatear al Libertador en el viejo caserón solariego tan inesperadamente volado, fueron bebiendo con avidez el relato sencillo y portentoso.

Matea estaba en el trapiche de la

hacienda a tiempo que los españoles bajaban el cerro; fue entonces cuando "el niño Ricaurte mandó salir a la gente y fue a la cocina, le pidió un tizón de candela a la niña Petrona y nos mandó salir por el solar". Corrían por la falda de la serranía hacia el pueblo, temerosas de la proximidad de los realistas, que comenzaban a adueñarse del caserón. En un recodo hizo alto un minuto para respirar, y lo vio por última vez: con el tizón en la mano, subía el niño Antonio Ricaurte, ya tocado de inmortalidad, hacia el mirador **onde** estaba la pólvora; iba "con la misma naturalidad de un día cualquiera, y como si se tratara de menesteres insignificantes del servicio cotidiano".

La distancia no permitió a la negra examinarle las facciones, pero, seguramente, se las iluminaría, en esa hora crucial, más que el resplandor de la candela, el espíritu burlón de su tierra nativa, "ese no se qué de ingenioso, no se qué de desparpajado y listo, ese no se qué de modesto": uno de "los trescientos miserables de Santafé", como los calificó Boves, bastaba para derrotarlo y para salvar el ejército de Venezuela!

¿Es una irónica sonrisa o un pliegue de profunda tristeza lo que crispa entonces sus labios? No se sabrá nunca: pero en todo caso fue a la muerte con la conciencia de su deber, movido por una voluntad férreamente disciplinada. De ninguna manera por el movimiento dislocado, trágico y casi grotesco, con que ha querido presentarlo la cursilería romántica.

El capellán del ejército libertador escribió sobre él estas sagaces observaciones: "El Capitán Antonio Ricaurte se distinguía por sus ideas exaltadas y romancescas. Según él no se

podía ser verdaderamente republicano sin acciones heroicas, sin sacrificios extraordinarios. Todos debíamos ser víctimas inmoladas en el altar de la Patria. Esas eran sus ideas y sus conversaciones frecuentes. Por estos antecedentes, creemos que el incendio del parque de San Mateo fue una acción de heroísmo premeditado por el Capitán Ricaurte para inmortalizar su nombre".

¡No en vano poseía el granadino la ligereza de espíritu que, en ciertos momentos de gravísimo peligro, es una forma de la más alta intrepidez!

Todavía más explícito que el capellán del ejército sería el Libertador:

— "¿Qué hay de semejante en la historia a la muerte de Ricaurte? Este suicidio para salvar a la Patria, al Ejército y a mí, sin más esperanza que el amor a la independencia y a la libertad, es digno de cantarse por un ilustre genio como Alfieri...." —solía exclamar con voz entrecortada, siempre que recordaba la acción gloriosa—.

Pero la exacta medida de su heroísmo, como siempre que se quiere conocer la verdadera talla de los hombres, la da, no la voz de sus compañeros de armas, sino la palabra del adversario.

Boves, el feroz José Tomás Boves, que acaso intuyó, en la tarde homérica de San Mateo, el declinar de su estrella sangrienta, casi sobre el propio campo de batalla confesó, en una epístola al historiador realista José Domingo Díaz: "los tengo reducidos a la plaza, y ya me hubiera apoderado de ella y sus trincheras, si no fuera por la obstinación que tienen de dar fuego al almacén de pólvora, de cuyo atentado perecieron muchos de los míos".